

SE IMPRIME  
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA  
CALLE DEL OLIMAR 229  
SALIENDO LOS DIAS  
Martes, Jueves y Sábado  
POR LA TARDE

SUSCRIPCION  
Por un año \$ 10  
Por seis meses  
Por un mes  
Número suelto  
Número atrasado



# EL CLAMOR PÚBLICO

DIRECCION  
Y ADMINISTRACION CALLE DEL OLIMAR, Núm 229

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIAN R. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente pagándose a arón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán os originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios de programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autorizado exige una gratitud del número.

EL CLAMOR PÚBLICO

Combes y chamberlain

en la intimidad

CONTRASTES

Paris, Noviembre de 1903.

Para vosotros los que conocéis el poema tierno y venerable del amor de los nietos, he aquí una nueva estrofa. No es poeta el que canta, sino un reporter. No se trata de un artista coronado de gloria y de canas. Se trata de un ministro. Pero ¡que digno! Se trata de un terrible ogro ante cuya imagen las madres se santiguan. Old: «En Pons, en una casa clara, una robusta campesina que es al mismo tiempo camarera, portera y cocinera, me hace entrar en una sala que los lacayos de un ministerio no aceptarían como habitación. Los muebles sin duda anteriores al arte del mobiliario, han sufrido el irreparable ultraje de los años. El reloj que se mira mal en el brumoso mercurio del espejo, sué dorado antaño. Aquí y allá algunas estampas arrillentadas cubren el monótono papel de las paredes. Fotografías de ancianos y de niños pueblan la chimenea. Sobre el piano fatal, algunas partituras y un ramo de rosas alegran y refrescan esta mediocridad secular.

Apenas había terminado mi inventario, cuando entró un chiquillo preguntándome si buscaba a su abuelo.

—Si—le dije—deseo verlo si no está muy ocupado.

—Si, está muy ocupado—contestó—muy ocupado, cazando moscas para mí.

Entonces una voz fuerte gritó:

—¡Qué es eso de querer hacer creer que me paso la vida cazando moscas, bribón!

El niño, imperturbable contestó al abuelo que entraba:—Lo digo por que es verdad.

Y en efecto, abriendo su mano para estrechar la mía, el anciano dejó escapar un par de moscas.

Este anciano es monsieur Emile Combes, presidente del Consejo de Ministros de Francia, que actualmente descansa de la lucha formidante de la política, en la casa lugarena donde antaño vivió, más que ahora feliz, ejerciendo la profesión, no de cura, sino de médico. Por que, los que le llaman el «abate», se equivocan. En realidad no fue ni más ni menos sacerdote que Renan. Hizo sus estudios, en un seminario, es clérigo, pero antes de ponerse la sotana perdió la fe y buscó, en el profesorado primero y luego en la ciencia, los recursos necesarios para vivir. «Mi padre—dice él mismo—era un obrero que no tenía, como propietad, sino diez hijos, entre los cuales yo era el mayor. Al salir del seminario donde un tío había pagado sus estudios, el panorama más desolado presentóse a los ojos del futuro Ministro. Su padre acababa de morir, dejando a su familia sin recursos. Además, en su alma, en su pobre alma leal y ardiente, había otro cadáver: el de la fe. ¡Cómo conciliar, pues, sus futuros deberes con la

incredulidad! ¡Cómo decidirse a enseñar una doctrina en la cual ya no creía! Algunos de sus maestros lo aconsejaron que abandonase todo escrúpulo y aprovechase su carrera para ganar su vida y la de nueve huérfanos que quedaban a su cargo. Pero lo mismo que Renan, prefirió las penas infinitas del profesorado humilde a las ventajas de las vicarias. Fue maestro de escuela en Pons.

Dejémosle aquí la palabra. —En Pons—dice—conoci a una señorita que era para mí demasiado rica, puesto que tenía cincuenta mil francos mientras yo no tenía ni un centésimo. Pero el amor pudo más que las diferencias de la fortuna. Sus padres me concedieron su mano y yo les prometí que cinco años más tarde sería médico. Pero ¡ay! para vivir con mi mujer y nueve hermanos, los mil quinientos francos de nuestra pension eran poca cosa. Gracias a Dios en París como en todas partes el tiempo es, no diré oro, pero al menos pan. Dividi así mi vida: de las 4 a las 8 de la mañana estudio; de las 12 del día a las 4 de la tarde, trabajo en la facultad y en los hospitales; de las 5 de la tarde a las 11 de la noche daba clases para ganar algo.

Esta fuerza de trabajo casi increíble le dura aun al viejo ministro. Su esposa refirió, poco tiempo hace, una anécdota que nos lo prueba. Una noche por bondad paternal, M. Combes consintió acompañar a su familia al teatro. Al cabo de media hora la señora, viéndole dormido en su butaca le suplicó se fuera a acostar.—Bueno—repuso el doctor—me marcho. Al volver a su casa, su esposa que se figuraba encontrarlo en la cama, lo encontró estudiando una gramática rusa. El estudio es lo único que no le fastidia. Solo, sin maestro, en la necesidad, para descansar de los trabajos de la política, ha aprendido en estos últimos años el alemán, el inglés, el italiano y el español.

En el congreso, durante los descansos mientras sus colegas fuman cigarrillos oyendo charlas, él se esconde en un cuarto retirado y lee tranquilo un capítulo de algún libro griego o latín. Ultimamente, cuando Silvani fué a invitarlo a asistir a las representaciones de Antígona, en Orange, quedó pasmado oyendo al ministro recitarlo de memoria escenas enteras de la obra griega que inspiró a Racine y a Moreas. En España, en fin, a principios de este mes, las pocas personas que lograron hablar con él se admiraron de oír la elegancia con que habla nuestra lengua.

—¡Qué quería usted!—exclamó riendo el portentoso ministro. —Yo no sé ni bailar, ni jugar tú, ni cazar ni pescar ni siquiera tocar el acordeón. Con algo tengo que entretenerte. Si hubiera sido rico sería otra cosa. Pero no habiendo podido hasta ya muy entrado en años pagarme más placer que la lectura, con esto contiúno. Es mi único vicio...

Y luego, viendo entrar al nietecito rubio terminó:

—...Y el de cazar moscas para este briónzuelo.

Tal es la imagen. Otras hay en la política francesa, más llenas de color,

mas vigorosas de líneas. Pero ni aquí ni en ningún país, las hay más sencillamente graves, ni más tiernas.

Evocar, después de la figura cana y modesta del «pere» Combes, la alta silueta de Mr. Chamberlain, es establecer el mas fuerte contraste. La actualidad es la que se complacé en estos juegos. Un reporter, de vuelta de Brimingham, nos describió la casa de campo ó mas bien dicho la casa de descanso del gran proteccionista inglés que, a la edad de sesenta y siete años acaba de abandonar el poder para lanzarse a una campaña popular que espantaría a los mas jóvenes. He aquí la descripción: «Es un edificio amplio, en medio de jardines frondosos. Por fuera es igual a todas las casas ricas de Inglaterra. Tiene tres pisos con miradores. En el piso bajo se encuentra el hall, enorme sala de espera con inmensa chimenea y con numerosas mesas cubiertas de revistas y de periódicos. En los demás salones, los muebles de precio abundan confundiendo sus estilos entre cortinajes suntuosos. El comedor admira con su lujo de servicios de plata y de cristal. El cuarto de trastos ocupa un sitio claro. Es una estancia llena de mesas en la que abundan los papeles, y de bibliotecas repletas de libros. En el tercer piso están los dormitorios confortables.»

El reporter no olvida sino una cosa la «serre», y es como quien describen de Amléns, olvidara la catedral ó describiendo Córdoba no hablase de la mezquita. La «serre», en efecto constituye el mayor lujo del palacio de Highbury. En ella están las célebres colecciones de orquídeas que tanto dinero han costado a los contribuyentes ingleses. Comparadas con estas colecciones, las q' Huysmans soñó para los Essentes no son nada. Lo mas raro, lo mas caro, lo mas lejano se ve allí: hay flores que cuestan cien mil francos. Allí están. Hay monstruos vegetales con llagas casi humanas que despiden alientos enfermizos y que palpitán cual si fueran de carne. Allí están los exploradores y los misioneros, los marineros y los viajantes, todos los que, en tierras exóticas pueden encontrar una orquídea nunca vista, la adquieren para ofrecerla a Mr. Chamberlain. Y allí en la «serre» están todos esos regalos junto con mil otras orquídeas adquiridas a precios fabulosos en las ventas de Europa.

Ast, entre los empleados de Highbury el mas encumbrado es el primer jardinero, con el cual el castellano pasa cada día una ó dos horas, hablando de sus monstruosas y divinas plantas.

Teniendo la costumbre de levantarse tarde, Mr. Chamberlain no permite que le llamen, ni aun por orden del rey, antes de las diez de la mañana.

Una vez levantando, hícese servir un delicadísimo almuerzo. En seguida pide los periódicos, en que se habla de él: los lee; ríe—con risa satisfecha—ante los elogios y con risa de rabia ante las críticas. Luego, ya cerca de mediodía, principia su labor. Dos jefes del servicio estadístico privado, dos secretarios y cuatro estenógrafos, se ponen a sus órdenes. Uno

de los secretarios lee las cartas; trescientas ó cuatrocientas diarias; el otro toma nota de lo que debe contestarse. Los estenógrafos escriben todas las frases, por insignificantes que sean, del año. Por fin los estadísticos leen sus memorias diarias y explican los puntos que tienen misión de estudiar.

A eso de las 3 de la tarde, termina el trabajo y comienza el paseo, que tiene por punto indispensable la famosa «Serre».

A las 4:30 en punto, Mr. Chamberlain toma un baño perfumado, a las 5 come. Y después de hacer la digestión en su sala íntima, fumando pipas, charlando con su mujer, recibiendo amigos, se encierra en su biblioteca y se consagra a su épica labor de preparar discursos.

Horas y horas pasa componiendo cada párrafo, ordenando cada periodo. Algunos de sus discursos le cuestan tanto como a Flaubert lo costó cada uno de sus tres cuentos. Ya algo reir a los que saben que, en nuestra lengua, Romero Robledo habla diez horas sin preparación, que Moret, improvisa un discurso más largo que una novela de Zola sobre cualquier asunto, y que Don Fernando Leon y Castillo, sin haber estudiado nada, puede pasarse la noche hablando de todo. Pero para no desilusionar a nadie, me contentaré con decir que si Mr. Chamberlain tiene necesidad de peinar días y días para poder luego hablar dos horas, es por q' su elocuencia no es literaria, sino matemática. Ahora, sobre todo, de lo que se ocupa es de aranceles, de tarifas y de contabilidades. Los dos estadísticos que trabajan sin descanso bajo sus órdenes, lo prueban, se trata de encontrar argumentos aritméticos para probar que, abandonando su liberalismo aduanero, el imperio británico será en breve plazo el más vasto, el más poderoso imperio que haya visto la tierra. Y Mr. Chamberlain trabaja día y noche en esta labor. A las 4 de la madrugada, muchas veces, su mujer tiene que hacerle suaves reproches para decidirle a abandonar la biblioteca. A pesar de todo, sus discursos no son tan variados como abundantes. Pero a todos los días, es cierto. Pero no todos los días dice cosas nuevas. Así, refiriéndose a sus dos grandes meetings de esta semana, un telegrama dice: «Greenock.—Mr. Chamberlain habló anche en la casa municipal ante un auditorio de 4000 personas. Tomó la palabra a las 8 en punto. Rebió su discurso de Glasgow.»

Su método de trabajo es muy curioso. De pie ante una mesa, donde de antemano amontona las notas de sus numerosos secretarios, va «viniendo» sus párrafos a medida que los va haciendo. Jamás escribe nada. El plan mismo en vez de anotarlo, se lo explica a si mismo en alta voz. Su memoria prodigiosa, unida al orden riguroso en que colocan los párrafos de sus colaboradores, le permite repetir indefinidamente la misma oración sin grandes diferencias.

El signo particular de este gran hombre es el odio contra todos los sports.

E. GOMEZ CARRILLO.

En el archivo del Vaticano

LA INQUISICIÓN EN ESPAÑA

DOCUMENTO CURIOSO

En los archivos de la Biblioteca vaticana, abiertos ya durante el pontificado de Leon XIII, y puestos de nuevo a disposición de los estudiosos por Pio X, se ha encontrado un curioso documento que está redactado en latín por el alemán Rohrbacher, que se refiere al establecimiento del Tribunal de la Inquisición de España. Sus principales párrafos, traducidos al español, dicen lo siguiente:

«Después de ocho siglos de gloriosos combates, España corría el peligro de convertirse en una sociedad heterogénea de hombres sin fe, sin costumbres y sin ley; tantos eran los mahomaos y hebreos, que después de abrazada la religión católica volvían a sus antiguas supersticiones, glorificando de su apostasía.

Tomás de Torquemada, nieto del célebre cardenal de San Sixto, religioso dominico y prior de la casa de Segovia, viendo el mal sesgo que tomaban las cosas de su queridísima España, advirtió al Rey Fernando y a la Reina Isabel que iba desarrollándose cada día más un desencañado libertinaje, y ya en su fe y en sus derechos seculares, era urgenteísimo abrir una exacta información de los errores ó impiedad que entenebraban los mentes y maleaban los corazones; al viendo que la censura ejercida, según derecho antiguo por los obispos, los cuales procedían por vía de anatemas y penas espirituales, no hacían ya caso, y que aquella extrema corrupción debía estirarse mediante un tribunal particular, nos soberano y severo que los demás. Nacida así la inquisición, los Reyes Católicos nombraron a Torquemada primer inquisidor general, cargo que fué después ratificado mediante una Bula de Sixto IV.

Para que todos los dependentes de quel tribunal religioso obrasen inviolados del mismo espíritu, Torquemada los reunió en asamblea general, celebrada en Sevilla el año 1481 y a la que asistieron diversos miembros del Consejo Real de Castilla. Se leyó el nuevo Estatuto, dividido en 28 artículos, que, diligentemente discutidos, fueron aprobados por unanimidad.

En el año siguiente en otro congreso general tenido en la misma ciudad, añadieronse a los primeros otros artículos, que fueron igualmente aprobados.

Nada de extraño que los reyes de España puestos sobre aviso por Torquemada, provyeran con esta Inquisición a la seguridad de la fe, de orden y de la felicidad de los súbditos, puesto que en toda sociedad bien ordenada, es inconfesable inquirir para que todo germen de corrupción sea eliminado ya en su origen. Junto a la familia humana el gran inquisidor es el padre; él vela sobre los hijos, siervos y domésticos. Si todos cumplen su deber está tranquilo y su vigilancia es menos severa. Si, por el contrario, alguno intente suspecha, su ojo mira sin que nadie se aperciba. Un gesto, una palabra, un adverbio



